

Educar en la esperanza. Pautas desde *Spe salvi* de Benedicto XVI

Educating in hope. Guidelines from Benedict XVI's *Spe salvi*

Luis Carlos Hernández Herrero
Universidad Católica Santa Teresa de Jesús de Ávila
lcarlos.hernandez@ucavila.es
ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-8639-5408>

Resumen:

Frente a las concepciones modernas que reducen la esperanza a proyectos humanos o políticos, Ratzinger afirma su carácter teológico y su raíz en el amor y en la fe. La esperanza cristiana transforma la vida presente, orienta hacia la vida eterna y sostiene el obrar moral incluso ante la frustración y el sufrimiento. Pretendemos presentar la visión de Benedicto XVI sobre la esperanza cristiana y su importancia para la formación integral de la persona. En *Spe salvi* se exponen los principales “lugares” donde se aprende y ejerce la esperanza, como ámbitos educativos que fortalecen la capacidad humana de vivir con sentido. Educar en la esperanza cristiana es esencial para formar personas capaces de afrontar la realidad con confianza y profundidad espiritual.

Palabras claves: esperanza, educación, Benedicto XVI, *Spe salvi*.

Abstract:

In contrast to modern conceptions that reduce hope to human or political projects, Ratzinger affirms its theological character and its roots in love and faith. Christian hope transforms the present life, orients us toward eternal life, and sustains moral action even in the face of frustration and suffering. We aim to present Benedict XVI's vision of christian hope and its importance for the integral formation of the person. *Spe salvi* outlines the main “places” where hope is learned and exercised, such as educational environments that strengthen the human capacity to live meaningfully. Educating in Christian hope is essential for forming people capable of facing reality with confidence and spiritual depth.

Keywords: hope, education, Benedict XVI, *Spe salvi*.

Introducción

Cuando Ratzinger escribió su aportación al curso de teología dogmática en la Universidad de Ratisbona (1984),

Se estaban produciendo dos transformaciones muy profundas en el pensamiento acerca de la esperanza cristiana. Empezaba a concebirse la esperanza como una virtud activa, como una acción que modifica el mundo y de la que ha de surgir una nueva humanidad, el “mundo mejor”. Adquiría así índole política, y su cumplimiento parecía haber sido puesto en manos del mismo ser humano” (Ratzinger, 2021, p. 4).

Como respuesta a esto, dice: “procuré poner de relieve el significado permanente de la esperanza en la acción propia de Dios en la historia, acción que otorga su marco de referencia interior al actuar humano y eleva lo transitorio introduciéndolo en lo permanente” (Ratzinger, 2021, p. 5).

Necesidad de esperanza

Siempre se ha dicho que el hombre no puede vivir sin amor. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre” (San Juan Pablo II, 1979, n. 10). Pero tampoco sin esperanza. Todos necesitamos esperanza, siendo esta una de las necesidades humanas más profundas.

La primera encíclica de Benedicto XVI la dedicó a la virtud de la caridad: *Deus caritas est*. La siguiente fue sobre la virtud de la esperanza: *Spe salvi*.

“La esperanza existe únicamente donde hay amor” (Ratzinger, 1984, p. 72). La esperanza responde a nuestro corazón, el cual necesita esperanza. La esperanza ilumina el corazón. Con relación a

esto, podemos decir que no es una mera actitud pasiva, tampoco es un simple deseo de algo. Lleva consigo la confianza de que, en algún momento disfrutaremos de aquello que anhelamos.

Relación entre fe y esperanza

La clave de todo se encuentra en la unión entre fe y esperanza. La fe es la sustancia de la esperanza. El hombre necesita de Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida.

¿En qué se pone la esperanza? “La época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto gracias a la ciencia y a una política fundada científicamente” (Benedicto XVI, 2007, n. 30). Pero se ha visto claramente que esta esperanza va alejándose cada vez más. Ante todo esto, surgen varias preguntas: ¿cuándo es mejor el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Por qué vías se puede alcanzar?

A lo largo de la vida tenemos muchas y diferentes esperanzas según las etapas de la vida. Pero, una vez cumplidas, nos damos cuenta de que no lo eran todo. En consecuencia, necesitamos una esperanza que vaya más allá.

Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social... Con el pasar del tiempo, estas posturas han desembocado en sistemas económicos, sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían. (Benedicto XVI, 2009, n. 34).

Hemos de considerar la esperanza no como una mera virtud natural, sino como una virtud sobrenatural, como un don divino. Es decir, no es tanto algo que logramos con nuestras meras fuerzas o por nosotros mismos.

El papa Benedicto XVI en esta encíclica llega a la siguiente conclusión: “Necesitamos tener esperanzas –más o menos grandes–, que día a día nos mantengan en camino. Pero, sin la gran esperanza, que ha de superar todas las demás, aquellas no bastan” (Benedicto, 2007, n. 31).

“Esta gran esperanza solo puede ser Dios. Él es el fundamento de la esperanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es «realmente» vida” (n. 31).

La esperanza cristiana la define, en síntesis, como un don o virtud teologal que en ocasiones equivale a la palabra fe, y que surge del encuentro con Cristo y nos salva.

La esperanza es performativa y nos otorga la vida eterna. La esperanza cristiana nos va transformando. Transforma nuestro corazón e interior, nos renueva por dentro. La gran esperanza es la vida eterna. Pero no es meramente una meta que hay que alcanzar en el futuro, sino que ya se realiza en el presente. Afirma que la vida eterna no es una realidad puramente futurista, ni tampoco una meta ausente que solo podemos encontrar al final del camino, sino que lo que esperamos, de algún modo, ya está en la vida presente y esto hace que nuestra esperanza sea fiable.

La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no». (Benedicto XVI, 2007, n. 7)

Tenemos el ejemplo de Víctor Frankl, uno de los que, ante el horror de Auschwitz, llegó a situar su propia esperanza más allá de lo

meramente mundano o terreno. Hizo lectura de lo sucedido en clave de una profunda esperanza.

Educación y esperanza

“La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las varias sociedades, de las que el hombre es miembro y de cuyas responsabilidades deberá tomar parte una vez llegado a la madurez” (*Gravissimum educationis*, n. 1). ¿Cuál es ese fin último al que se refiere? La vida eterna. Benedicto XVI dice que esta es la verdadera esperanza, vida que consiste en un instante de felicidad que se hace eterno.

Conscientes de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza y a promover la elevación cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad. (*Gravissimum educationis*, n. 2)

Benedicto XVI dice que “quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva” (Benedicto XVI, 2007, n. 2). Con lo cual, podemos afirmar que a esperanza educa a la persona en cuanto que ella es capaz de provocar un cambio en el hombre, le capacita para que pueda asumir una forma de vida nueva conforme a los contenidos de la fe, con su inteligencia y en libertad, y ya no vive de la misma manera, vive ahora la vida buena.

La esperanza educa al hombre en cuanto que le conduce hacia una meta, hacia una nueva realidad: la vida eterna. Pero en el camino ya se le concede, de algún modo, aquella meta esperada. La esperanza sostiene toda la vida de la persona y, por tanto, es verdaderamente educativa.

La educación supone un camino que se ha de recorrer de la mano de un guía, una autoridad que le haga a uno crecer. Quien tiene esperanza sabe que no camina solo y que necesita de personas que le guíen en su camino hacia la meta: la vida eterna. Con relación a esto nos dice Benedicto XVI:

La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrellas de esperanza...? (Benedicto XVI, 2007, n. 49)

Todos necesitamos esperanza, y la educación debe responder a las necesidades más profundas del ser humano. Por esta razón, nos sólo debemos educar con esperanza, sino en la esperanza.

Lugares de aprendizaje de la esperanza

Castillo Gutiérrez (2020), después de un breve repaso de las referencias temáticas realizadas por diversos autores sobre la *Spe Salvi*, concluye que ninguno ha llevado a cabo una lectura educativa de la esperanza cristiana a partir de lo desarrollado en la encíclica. Dicho autor, a la luz del documento y del pensamiento de Benedicto XVI, expone las razones por las que la esperanza cristiana educa a quien la recibe; y precisa cinco “momentos en que se va constituyendo nuestra esperanza y cómo esta nos educa tan significativamente que incluso nos cambia la vida y nos salva” (p. 152): el encuentro con Cristo, promesa, presente, aprendizaje y compromiso. Lo define como un proceso performativo, el cual consta de un inicio, un desarrollo y un desenlace.

Pero Benedicto XVI al final de la encíclica hace referencia “lugares” de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza. Precisa que los lugares donde podemos ejercitar nuestra esperanza son la oración, el actuar, el sufrir y el juicio final. Lugares donde podemos ejercitarnos para aprender a tener esperanza.

Veamos los lugares de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza que presenta Benedicto XVI:

- *La oración* es la escuela de la esperanza. “Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme” (n. 32). Quien habla con Dios se sabe auxiliado en las circunstancias más adversas. Nos presenta ejemplos de esperanza en la oración (p. ej., cardenal Van Thuan).

- *El actuar*. “Toda actuación seria y recta es esperanza en acto” (n. 35). Una actuación recta y seria hace referencia a la actuación moralmente buena. Pero, qué ocurre cuando nuestro obrar es fallido, es decir, ante los fallos y las frustraciones. Benedicto XVI responde diciendo que “a pesar de todas las frustraciones..., la vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor..., sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar... No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la plusvalía del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia” (n. 35).

A nivel educativo, hoy en día esto es muy importante ante el bajo nivel de tolerancia a la frustración de nuestros jóvenes y adolescentes.

- *Sufrir*: “La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre” (n. 38). Menciona el amor como fuente de sufrimiento, porque éste exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo. Con lo cual, aprendemos a vencer el egoísmo. Entonces, uno se abre hacia fuera. “Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo” (n. 39).

- *El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza*: “El juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como

porque es gracia... de tal modo que la justicia se establece con firmeza... la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el juez, que conocemos como nuestro abogado” (n. 48).

“Nunca deberíamos preguntarnos solamente: ¿cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también en ellos la estrella de la esperanza?” (n. 48).

Conclusiones

Educar en la esperanza cristiana es una contribución para la educación integral de la persona. Es esencial para formar personas completas, orientadas hacia su destino eterno, capaces de vivir con sentido, de actuar con responsabilidad moral, de enfrentar el sufrimiento con fortaleza y de mantenerse firmes en medio de las incertidumbres del mundo actual.

Referencias

- Benedicto XVI. (2005). Carta encíclica *Deus caritas est*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html
- Benedicto XVI. (2007). Carta encíclica *Spe salvi*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html
- Benedicto XVI. (2009). Carta encíclica *Caritas in veritate*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html
- Castillo Gutiérrez, G. (2020). Una lectura educativa a la encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI. *Veritas*, (45), 143-159. <https://doi.org/10.4067/S0718-92732020000100143>
- Concilio Vaticano II. (1965). Declaración *Gravissimum educationis*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_cou-

ncil/documents/vat-ii_decl_19651028_gravissimum-educatio-
nis_sp.html

Ratzinger, J. (1984). *Escatología*. Herder.

Ratzinger, J. (2021). *Obras Completas. Resurrección y vida eterna*
(vol. X). Biblioteca de Autores Cristianos.

San Juan Pablo II. (1979). Carta encíclica *Redemptor hominis*.
[https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/do-
cuments/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html)



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional